
JULIO BARRENECHEA

Mi ciudad

I

DON Pedro de Valdivia sobre el Huelén
con su coraza deja el valle iluminado.
[parado]

Las rayas de su mano tendida sobre el va-
dan en tierra un reflejo de plazas y de ca-
[lles.]

Y a la sombra plateada de la fresca arma-
va surgiendo Santiago de Nueva Extrema-
[dura.]

Ciudad así nacida, criada por los cerros
en ti gastó la cumbre su mayores desvelos.

El sol te dio el calor de sus vinos eternos.
La nieve te dio toda la leche del invierno.

Y has crecido en el valle con el pecho par-
por la herida entonada del río sometido.
[tido]

Te recuerdo como eras cuando no te vivi-
hoy que miro hacia el ciclo tus inversos
[abismos.]

Te recuerdo dotada de silencio y cautela,
con tus arpas perdidas y tu llanto de velas.

Siento un vago rumor de fugitivas sedas
y un latido en la sombra al tiempo de la
[queda.]

Veo la vida lenta de las familias muertas
ir por los grandes patios tras de las gran-
[des puertas.]

Y pasar a la misa el perfil de la dueña
con su esclavo pequeño de carbón y perla.

Siento que desde el tiempo como el más
trae el viento los leves compases del sarao.
[fino vaho]

Y Diamante del pueblo, quo no concluye
en su embozo de luces, pasa Manuel Ro-
[y sigue,
dríguez.]

II

Miro el movimiento de tu ser inmóvil.
Los altos edificios
surtos en las celestes bahías de tu cielo.
Tus esquinas
saliéndome al encuentro como proas.
El viaje de tus torres cuando pasan las nu-
[bes.]
Y tu luna, desde el tranvía en marcha
saltando en los tejados.

Amo todas tus calles.
Mi corazón como una yedra corre
por todas tus murallas.
Ciudad en el silencio,
sorpresas de plazuelas solitarias.
Ciudad de los mendigos y los ciegos que
dibujados al sol con sus guitarras.
[cantan]

Ciudad desde los cerros
juntando a la distancia el duro piño
de poblaciones blancas.
Ciudad de fondo añejo como un vino
en el tonel del tiempo.

Yo amo los rasgos de tu piel antigua,
amo tu rojo templo.
Templo de San Francisco, templo de dura
[sangre.]

Yo te defendería como a un padre.
Yo te defendería desde tus pies floridos
hasta tu torre alzada como un faro
ante el oleaje de los cerros fríos.

Y amo los rasgos de tu rostro nuevo,
ciudad central
escrita de luz por los letreros.
La aldea grande se escurrió en tus dedos
y un pedazo del mundo está en tus calles
con sus colores y con sus deseos.
Santiago de hoy, otro color te habita,

otras ropas y rostros y otras voces
llegadas desde tierras doloridas.
Tú les das de tu vida, ciudad mía,
y el corazón amante te venera,
porque un trozo de Europa ensombrecida
vuelve a tomar el sol, en tus aceras.

I I I

Antes que la mañana abra sus altas calles
de almacenes azules
avanzan por la sombra las carretas que vie-
[nen a tus ferias.

Desbordantes carretas como cartas del cam-
[po,

con sus frescas noticias de verdura.
Escritas por los huertos y las chacras,
por las tierras rurales,
hacendosas parientes cuyas manos
tejen la agraria y perfumada manta.

Allí palabras que la tierra entrega
desde un abecedario de raíces.
Allí sonrisas que el maizal envía
en choclos entre abiertos y felices.

Allí la multitud de la cebolla.
Allí las zanahorias digitales.
Allí la coliflor y su cerebro.
Allí un olor de joyas vegetales.

Trayendo al campo como un fresco envío.
avanzan las carretas,
de la sombra rural hasta el rocío.

I V

Amo tus verdes áreas, ciudad mía,
a tu Quinta Normal, como una niña
viendo pasar los trenes
con los ojos sencillos de sus viñas.

Tu Parque Forestal, como un bohemio
envuelto en sus follajes, solitario,
apoyado en las noches junto al río.

Y tu Parque Cousiño
donde educa a los árboles el viento,
y a mediodía el sol cabe en tu eclipse, en-
[tero,
descansando del cielo.

V

Y amo tus viejas calles,
las calles que me llaman.
Siento a veces

junto a mi corazón manos extrañas
que recogen mi sangre como una cuerda
[roja
y que me arrastran.

Yo me dejo llevar hasta mi infancia
y estoy en la vereda frente al fuego
del árbol de bengala.
Y camino temblando tiempo abajo,
y estoy frente a una casa
sin ventana, sin puertas y sin casa,
donde sólo la sombra es su mampara.
Y allí siento un sollozo azul y veo
que hay un niño llorando con mis lágrimas.

V II

Te miro en todas partes ciudad mía.
Te miro en los bazares, colorida.
En Veintiuno de Mayo, los botones sin fin.
¡Ah! si como a las flores les llegara la vida
y abrieran sus botones la galalita y el mar-
[fil.

Cantas ciudad criada por los cerros,
cuando por los duraznos de flor tu piel es
[suave,
o cuando de tus lilas surge un perdido vue-
[lo
y el olvido no tiene sitio para tu cielo.
Cantas, cuando violentas
resuenan tus pasiones en el río crecido
de agua oscura y rugiente, como sacos des-
[hechos
sobre el cuerpo aterido del invierno, acos-
[tado en tu lecho.

Cantas ciudad y te amo.
A mí te acercaría toda entera,
y a cada sitio tuyo lo besara
y cada sitio una canción me diera.

V I I

Te amo, te amo ciudad, te amo y por eso
me duele tu miseria.

Antigua tinta de tus barrios pobres,
las puertas inclinadas, sujetas a los muros,
ebrias como los hombres,
y las aceras arruinadas
como la ropa de la gente pobre.
El agua errante de los conventillos
azulando las manos laboriosas
de mujeres sufridas y calladas.
El viento en la calzada, jugueteando
con papeles, con hojas y con niños.

Y los viejos maestros zapateros
que llaman a la muerte
tocando el aldabón de sus martillos.

Y cuando tu mañana abre su mano
suelta junto a la luz la más triste banda-
[da,
la bandada sin alas, la sombría bandada de
[los vagos.
¿Qué hacen? ¿De dónde vienen? sólo quie-
[ren dormir . . .
Ir por el día hasta juntar el sueño de la no-
[che.

Dormir por no estar muertos.

Avenida Portales
toda llena de la pobre bandada.

Tras el último vago cierra la hospedería,
mientras cantan los pájaros arriba,
y en las blancas botellas de leche llega el
[día.

V I I I

Vives en mí, ciudad, y así te llevo
con tu vasto oropel y tu miseria,
con tus puentes tendidos en mi pecho
y tu sangre cantando en mi arterias.

Con tus mercados y tus pordioseros,
con tus barriales y con tus lagunas,
con tus tabernas y tus soles ebrios,
con tus claros negocios y tus lunas.
Con tus hornos y prensas matinales,
con alimentos de papel y trigo,
con tu plaza cantando y tus portales,
fiesta de día y por la noche abrigo.

Con toda tu marea, con tu ser
anónimo golpeando, tumultuoso.
Con tu noche de rápida mujer
perdida entre los pliegues del rebozo.
Con banderas de mirines del pueblo,
y con jazmín de procesiones blancas,
y el recuerdo de cosas que pasaron,
antiguas pascuas de clavel y albahaca.

Así vives en mí y así te llevo.
Oh ciudad, compañera de mi vida
recorrida y marcada por mi sueño,
por mi amor, mi dolor y mi alegría
Y cual radiante capitán, el día
entre la floración de las campanas,
trepas a ti verde cerro, ciudad mía,
y te funda en su luz de cada mañana.

JULIO BARRENECHEA

Poesía Completa. Casa de la Cultura Ecuatoriana.
Quito, 1958. Págs. 129-139.

DANIEL DE LA VEGA

A la ciudad de Santiago

Al mirar el Huelén áspero y solo
clavado frente al llano y junto al río,
el capitán don Pedro de Valdivia
ordenó levantar el caserío.

Y el tesón de la ruda soldadesca
nutrido de leyendas y batallas
trajo tierra del cerro, agua del río,
y levantó, una a una, tus murallas.

En el aire celeste, sobre el vasto
resonar de la flecha y la coraza,
revuelta entre los cóndores salvajes
volaba la epopeya de la raza.

Era la edad heroica de la América
cuando empezaba en estas cumbres solas
a despuntar el rostro de la Patria.
entre viejas banderas españolas.

Fueron las soledades y las nieves
tus madrinas. Se siente todavía
vuelo de cóndor y tesón de roca
en el pechazo de la patria mía.

Tus antiguos orgullos ya se fueron.
La mujer despojóse de su manto,
el fuego devoró tu Compañía
y el tiempo se llevó tu Cal y Canto.

Hoy, laboriosa y rica, ebria de vida,
vas ensanchando por tus cuatro caras
con un ímpetu tal que me parece
que no crecieras, que te derramaras.

Tienes, en un gracioso anacronismo,
arranques mozos y ternuras viejas,
y alzas el fino palacete nuevo
junto al sonoro caserón de tejas.